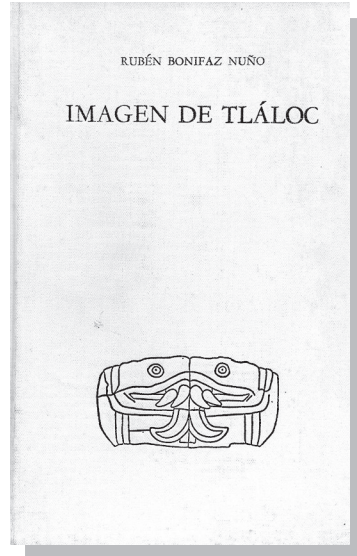


Biblioteca Universitaria, vol. 26, núm 2, julio-diciembre 2023, pp. 244-247.
 DOI: <http://dx.doi.org/10.22201/dgbsdi.0187750xp.2023.2.1517>



BONIFAZ NUÑO, RUBÉN

Imagen de Tláloc. Hipótesis iconográfica y textual. 1988. Coordinación de Humanidades/Seminario de Estudios Prehispánicos para la Descolonización de México, Universidad Nacional Autónoma de México, 187 pp.

Afirmado ya en el mundo académico como conocedor profundo de las culturas grecolatinas y traductor célebre de impresionante número de sus principales autores, Rubén Bonifaz Nuño se vuelca en su sexta década de vida al estudio de las ideas que guiaron e impulsaron a las antiguas culturas mexicanas.

Fruto del interés que nació en él en sus primeras lecciones escolares y en posteriores visitas frecuentes, ya como preparatoriano, al Museo Nacional donde estaba expuesta la magna escultura conocida entonces como Coatlicue, llama reavivada por las maravillas y enigmas que arrojaban las excavaciones del Templo Mayor, donde diversas esculturas se relacionaban en sus símbolos con los de aquella, Rubén Bonifaz Nuño ofrece en *Imagen de Tláloc* un estudio pormenorizado de sus elementos, la relación entre éstos y los constitutivos de otras figuras tenidas por centrales de la cultura azteca, para brindar una hipótesis fundamentada sobre el significado de tales figuraciones para sus creadores en su momento y para nosotros, sus descendientes, hoy.

Para realizar este trabajo el autor propone formas novedosas de análisis, de interpretación y de presentación de los resultados que nos llevan, en resumen, a apreciar en la imagen de Tláloc una presencia humana y dos serpientes representados en diversos grados de realismo u abstracción, que pueden con bases firmes interpretarse como la expresión de un humanismo original y valioso para nuestros tiempos por sus consecuencias para la dignidad humana y para el cuidado del medio ambiente.

Ya al menos dos muralistas habían advertido en esa presencia constante de unión de rasgos humanos y serpentinos en la plástica mesoamericana una simbología potencialmente reveladora de verdades profundas. Véanse en el campus universitario, como ejemplos, los murales de Francisco Eppens en la Facultad de Medicina y de Juan O’Gorman en la Biblioteca Central. Sin embargo, hasta este trabajo de Rubén Bonifaz Nuño, nadie había sustentado una interpretación coherente, plausible, sustentada y esclarecedora de dicha imagen que abordara su significado.

El investigador propone en esta obra una manera radicalmente distinta de abordar las antiguas culturas nuestras, las cuales han sido objeto de estudio dentro de tradiciones académicas que responden a intereses y corrientes intelectuales exógenas, influidas fuertemente por el método que propone como fuente dilecta el estudio de textos alfabéticos para dar sentido a símbolos e imágenes de otra naturaleza, procedimiento que no se adecua a los modos de expresión simbólica de los pueblos más antiguos de nuestro país.

Plantea el eminente estudioso de las culturas grecolatinas que para el caso nuestro se debe invertir el proceso: tomar por verdaderos los fragmentos de texto que hallen sentido y comprobación en los múltiples testimonios de carácter indudable con que contamos. Así, esculturas, códices, cerámica, incluso ciudades enteras serán fuentes indubitables.

Las fuentes de este tipo son confiables en cuanto a su autenticidad; sin embargo, nos son vedadas en su significado a menos de que se cuente con una clave interpretativa. Y eso es precisamente lo que brinda el autor en esta obra de investigación. En ella muestra paso a paso los análisis que realiza en torno a los monumentos que conforman su corpus, la lógica de su métodos y su razonamiento, su valoración de las conclusiones de otros investigadores, sus propios axiomas y tesis hasta brindarnos, como hipótesis plausible basada en el análisis riguroso de imágenes y textos, una visión del pensamiento cosmogónico humanista de los antiguos mexicanos a quienes llamamos los aztecas, alta concepción que este pueblo simbolizó con un grupo de símbolos que Bonifaz Nuño identifica como la expresión del pensamiento cosmogónico de los antiguos mexicanos, y le da por nombre “Tláloc”, con el que se ha identificado una parte del conjunto de monumentos donde se plasma tal grupo de símbolos, por lo general aros alrededor de los ojos y boca con colmillos.

Imagen de Tláloc no fue la primera publicación del universitario sobre el tema. En *El cercado cósmico. De La Venta a Tenochtitlan*, de 1985, acompañado de magníficas fotos de Fernando Robles, Bonifaz Nuño abre y cierra su espléndido análisis de símbolos de los principales monumentos de las señeras ciudades (las nombradas en el título más Teotihuacán, Monte Albán y Palenque) con el estudio de la ingente escultura descubierta en 13 de agosto de 1790, llamada Coatlicue desde que Alfredo Chavero propusiera tal identificación en 1887, basándose en la falda de serpientes, rasgo de la madre de Huitzilopochtli.

Como en *El cercado cósmico*, la exposición de *Imagen de Tláloc* comienza y termina con un análisis alternativo de ese monumento. Escultura tenida por dechado de horrores, pesimismo y fealdad, Bonifaz Nuño demuestra que al describirla, quienes se abocaron a interpretarla no cayeron en la cuenta de sus propios errores básicos de investigación —como son los relativos a datos sobre sus dimensiones; el número, la forma, la disposición y la relación de sus partes y elementos; la perspectiva desde la cual están representados; la falta de pruebas para aseveraciones, o bien inconsistencias en las descripciones brindadas. Bonifaz Nuño demuestra que yerran también, necesariamente y de raíz, al interpretar su posible significación.

Bonifaz Nuño toma un conjunto de esculturas que representan, así lo demuestra, a Tláloc en sus rasgos fundamentales. Abarca desde las llamadas Coatlicue, Yolotlicue, Piedra del Sol, Coyolxauhqui y varias representaciones tenidas por Tlaltecuhli hasta la Cruz de Teotihuacán y pequeñas figuraciones en cerámica de culturas del Occidente de México, en las cuales encuentra un modo análogo de representar la idea central que expresan, que es una idea cosmogónica que resalta el papel del ser humano como motor y materia de la creación.

El análisis sigue una lógica impecable de principio a fin. Para empezar, comienza por la figura que está grabada en la base de la mal llamada Coatlicue, la cual el estudioso interpreta justamente como los cimientos iconográficos y simbólicos de la figura que sustenta, equivalente a Tláloc en su simbología, y no como un agregado de otra divinidad que se aglutinara con ella.

Describe Bonifaz Nuño cómo esa mal llamada Coatlicue está conformada por dos serpientes que se hayan fundidas con una figura humana. En la cima del monumento dos serpientes representadas de perfil enfrentan sus hocicos de manera que simulan la cabeza de una figura humana, esculpida en sus vistas frontales y laterales —sus partes son cabeza, tronco y extremidades; está erguida sobre los pies, tiene pechos de mujer— un collar de corazones y manos unidos por una cinta por el que fluye un líquido, una falda de serpientes, un ceñidor con dos calaveras, cabezas de serpientes sustituyen de manos y pies, plumas que descienden por los flancos, serpentea un ofidio entre las piernas. En las coyunturas, esculpidos en relieve, se figuran ojos y colmillos de serpiente. Ese mismo conjunto simbólico, proyectado en tercera dimensión, sustituye la parte frontal de los pies, rematados en garra de ave. Según demuestra el investigador, basta la presencia de ojos y bocas de serpientes para transformar una imagen humana en Tláloc. Y analiza cómo estas partes de la magna “Coatlicue” tienen equivalencia formal en las otras esculturas que estudia.

Tras el análisis exhaustivo y convincente, da el autor un gran salto hacia el posible significado de este modo de representación, de esta imagen que tiene diversos modos de comunicar su significado esencial mediante, como dice él, brevedad u opulencia de elementos. Para ello se sirve de un texto recopilado en el siglo XVI, en francés, posiblemente de un original en español traducción del náhuatl, conservado en la Biblioteca Nacional de Francia, *Hystoire du Mechique*, documento donde se narra que antes de la creación, sobre aguas increadas caminaba una figura, de hombre o de mujer, que en las coyunturas tenía ojos y bocas con los cuales mordía como bestia salvaje. Al verla, los dioses Quetzalcóatl y Tezcatlipoca sienten la necesidad de crear el mundo y descienden hacia la figura en forma de una serpiente cada uno. Se funden con este cuerpo humano con rasgos serpentinos en las coyunturas, enlazándose una serpiente de su hombro derecho al tobillo izquierdo de la figura humana y del hombro izquierdo al pie derecho la otra. Oprimen tanto que se parte el todo en dos. Con la parte superior crean la tierra, y con la inferior, el cielo.

Este texto es autenticado por la presencia de ojos y bocas (colmillos) en las coyunturas de escultura que ocupa centralmente la indagación de Bonifaz Nuño. Le sirve para hacer una interpretación nueva: la escultura representa el poder creador a punto de ejercerse, generado por la unión del ser humano y los dioses. Unión que no solo dignifica de modo insuperable al ser humano como elemento indispensable de la creación con los dioses, sino que también lo obliga perennemente con respecto a ella, su cuidado y perfeccionamiento continuos.

Salto muy grande es este que abandona las interpretaciones que ven en Tláloc un dios propio de organizaciones sociales primitivas de carácter agrícola, o en el mejor de los casos el dios creador, de quien multiplicidad de figuras de otras entidades toman rasgos que no alcanzan a explicarse en las versiones de otros autores que han abordado estos símbolos, de cuyos argumentos y pruebas Bonifaz Nuño lleva a cabo rigurosa revista.

El autor sabía que este estudio ofrece un posible fundamento para alcanzar lo que hoy parece tan relevante como difícil: la descolonización de nuestro conocimiento sobre nosotros mismos. En este y sus otros estudios sobre el tema, sienta las bases para comprender el pensamiento original de las culturas originarias, base para ofrecer una nueva comprensión de lo que somos y podemos ser. Con convicción compartida sobre el potencial de esta hipótesis y el método de trabajo que ofrece Bonifaz Nuño, la Universidad Nacional fundó, en la Biblioteca Central, en 1988, el Seminario de Estudios para la Descolonización de México.

La atenta lectura que requiere este libro, acompañado de 82 ilustraciones que deben consultarse continuamente para seguir los argumentos, se ve recompensada por la comprensión cultural y la valoración de lo propio que posibilita en quien la emprende. ■

LILIAN ÁLVAREZ ARELLANO

Centro de Estudios Literarios,
Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM

